EL ESPAÑOL EN LOS ESTADOS UNIDOS

The following address was read in part by Professor de Onís to the New York Chapter of the American Association of Teachers of Spanish on October 2d. On the preceding day, October 1st, it was read for him at the conclave of the faculty of the University of Salamanca, Spain, the audience for which it was written. Professor de Onís is still catedrático in that faculty and at the same time Professor of Spanish Literature and Philology in Columbia University. The members of the Association will be glad to see our problems and our work through the eyes of Spain's chief ambassador of letters in this country.

SENORES: Nuestro ilustre Rector ha tenido la delicadeza—que yo estimo en todo su hondo valor afectivo—de exigirme el cumplimiento de este deber universitario sin admitir la excusa tan natural de la forzosa ausencia. Parece que, al requerir de mí lo que cualquiera de mis compañeros hubiera hecho más cumplidamente, ha querido hacerme ver que la Universidad no me considera ni quiere considerame como un ausente, que estima como propia la obra que fuera de ella yo vengo realizando y desea que no me sienta solo en estas andanzas mías, un poco quijotescas, tan lejos de la dulce tierra patria. Lo que esto significa para mí no es fácil decirlo: pero el noble corazón charro del hombre que nos preside, noble y ancho como nuestra tierra, me entenderá si yo con mi lengua, charra también y poco palabrera, le digo simplemente: Gracias.

La verdad es que nunca como ahora me he sentido tan cerca de España, es decir, de mi mismo corazón. Mi obligación profesional, que consiste en dar a conocer España a los estudiantes norteamericanos, y mis esfuerzos por extender ese conocimiento a toda clase de gentes y de públicos, han mantenido toda mi atención y mi actividad fijas sobre cuanto España es y ha sido, tratando de buscar en nuestro cultura su sentido más profundo, y más inteligible por tanto para hombres de otra raza y otra lengua como los de este gran pueblo americano. No sé, ni si lo supiera sería yo el llamado a decirlo, hasta qué punto mis esfuerzos han correspondido a la altura de esta misión; pero sí sé ciertamente que mi actividad entera y toda la energía de que soy capaz han sido puestas al servicio de dicho fin. Me obligaba a ello, no menos que mi carácter de profesor español enviado por nuestro Gobierno para continuar así mi servicio activo a la enseñanza española, mi carácter de profesor norteamericano, ya que la Universidad de Columbia al traerme de España lo hizo para que interpretase ante sus estudiantes nuestra cultura desde el punto de vista español—aunque yo he preferido hacerlo desde el punto de vista de la verdad y de la ciencia que domina y comprende todas las diferencias nacionales. Pero mucho más fuerte aún que esta obligación, voluntariamente contraída y por lo tanto renunciable, ha sido la necesidad íntima espiritual que

desde que llegué aquí he sentido de adentrarme en mi españolismo radical, en la roca firme de mi espíritu, al sentirme azotado por todas partes y constantemente por las olas invasoras de una civilización extraña, viva y pujante.

No hay experiencia espiritual tan honda como la de una larga estancia en el extranjero. El simple vivir es una polémica constante e inevitable entre el ambiente y la propia personalidad. Todas las ideas, sentimientos, normas y costumbres que forman la trama de nuestro ser, desde la fisiología hasta la más alta vida espiritual, han de sufrir la crítica agresiva de un ambiente implacable y hostil; todo lo que hay en nosotros debe sufrir una revisión profunda y ha de ser bien justificado si es que ha de vivir. Y cada día sentimos como nos vamos desnudando de todo lo que era débil y pegadizo en nosotros, de lo que no es capaz de afirmarse y de luchar, mientras vemos surgir limpias y firmes las líneas constitutivas de nuestra inconmovible personalidad. Tenía razón Cervantes al decir que las largas peregrinaciones hacen a los hombres discretos; sólo ellas nos enseñan a conocernos a nosotros mismos después de haber roto la costra de afectos, rencores y costumbres superficiales que la vida fué dejando sobre nosotros y bajo la cual se esconde invisible la raíz viva de nuestra humanidad cuyos frutos son la comprensión, el amor y la tolerancia.

Yo he conocido, sin embargo, en el extranjero a muchos hombres para quienes esta experiencia ha sido fatal. Los hay de dos clases; unos, los que llevan la costra negativa depositada por el ambiente nacional tan endurecida que es ya como coraza impenetrable que mantiene aislada, en terrible soledad, su malsana oquedad interior; otros, los que, rota la costra, blanda ya de por sí, no han encontrado nada fuerte en sí mismos que poder afirmar y se han dejado invadir superficialmente por las formas más vulgares y consuetudinarias del nuevo ambiente. Los primeros son los inadaptables sin remisión, los que yo he llamado, en ocasión semejante a ésta, "españoles recalcitrantes"; se caracterizan por el odio invencible a todo lo que viene de fuera. Los segundos pertenecen a esa casta de hombres débiles, de la que hay no pocos ejemplares entre los llamados intelectuales, que, faltos de toda vida interior, están siempre dispuestos a acoger las apariencias externas de todo lo que se les ofrece como novedad, sin que ni antes ni después lleguen a encontrarse el alma; entre éstos están los que yo he llamado también "simios europeizadores," que se caracterizan por la servil sumisión a todo lo que viene de fuera. En nuestra España abundan los ejemplares de ambas castas, que con sus discusiones vacías de sentido contribuyen a hacer más lamentable el espectáculo de la vida nacional. Aquí se los encuentra uno cada día; el español que después de estar aquí diez años sigue sin entender el inglés oyéndolo como un ruido extraño que hacen los norteamericanos en torno suyo con la sola intención de molestarle o el que encontrándose con un amigo español le propone que conversen en inglés. El español de la primera clase volverá a España pretendiendo que no hay nada que aprender en el extranjero, mientras que el de la segunda volverá lleno de orgullo y compasión por sus pobres compatriotas que no son capaces, como él, de decir necedades en diversas lenguas.

Cuando yo os digo que mi españolismo ha salido más puro y acendrado que nunca de esta larga prueba a que mi alma se ha visto sometida en el extranjero, no quiero que penséis en manera alguna que yo pertenezco a la clase de los "recalcitrantes." No esperéis de mí una palabra de jactancia

española ni de desdén por este gran pueblo donde se está fraguando una civilización llena de realidades y de promesas tan diferente en su origen y en sus direcciones de la nuestra. Mi españolismo ha aprendido precisamente a afirmarse sin negar, a mirar cara a cara a otras formas de la cultura. Siempre me ha parecido vacía de sentido la actitud de los negadores de una cultura nacional sin negar la cultura misma. Cada una de ellas es única e insustituíble, y ni siquiera la creencia en la superioridad de alguna justificaría el desdén por cualquiera de las demás. El intento de destrucción de la más insignificante de ellas sería un atentado imperdonable contra la civilización. La única actitud que yo creo civilizada es la de esforzarnos por entendernos lo mejor posible los unos a los otros de modo que, sin dejar de ser lo que somos, lo seamos cada vez más, y crezcan a la par los sendos modos de civilización en transfusión constante, pues para todos hay sitio sobre la ancha tierra. No ha habido, pues, jamás en mí odio ni desaprecio por nada de lo que este pueblo es y significa; si lo hubiera habido, me sentiría avergonzado de ello, estando seguro de que tal odio era hijo de mi propia limitación. He vivido, por el contrario, con una curiosidad incansable hacia todo lo que se me aparecía como nuevo y extraño; con todos los poros abiertos por el entusiasmo y la admiración para que penetrase por ellos bien la vida nueva; gozando el goce diario del descubrimiento, único que hace a la vida digna de vivirse; y sintiendo sobre todo la emoción de volver a ser un niño y aprender de nuevo a hablar y a pensar y a sentir y a vivir. Y a través de todo este largo camino sentirme siempre yo mismo, tal como fuí forjado de la materia de que se hacen los hombres de mi raza en los moldes eternos de la tradición de nuestro pueblo.

He vivido en estrecho contacto con estos hombres sin sentirme jamás forzado a violentar mi manera natural de ser; mi españolismo radical ha salido triunfante de todas las pruebas y siempre he podido afirmarlo sin temor y sin vergüenza; es más, él ha sido la llave que me ha abierto todas las puertas. He comprobado así en cabeza propia una verdad en que siempre había creído. No nos entendemos los hombres de los distintos pueblos por aquello que hay de igual entre nosotros sino por lo que más genuinamente nos diferencia y separa. Todo esfuerzo imitativo de adaptación, toda simulación de lo que no somos ni podemos ser, toda suplantación de nuestra personalidad por lo que creemos ser la personalidad ajena, todo empeño por destruír la barrera que nos separa de los demás hombres, no es más que un esfuerzo vano que conduce derechamente a la incomprensión, si no al desprecio, por parte de los demás. El "simio europeizador," a que ya he aludido, es, sin duda, un bicho raro a los ojos de cualquier extranjero, que preferiría, para entenderse con él, a cualquier español ingenuo capaz de ser quien es sin mixtificaciones. La única base posible de toda unión entre hombres honda y duradera es la sinceridad.

Yo sé—porque uno sabe siempre lo que de él se dice bueno o malo—que entre los centenares de estudiantes que han pasado por mis clases de la Universidad de Columbia existe la impresión de que mi enseñanza se distingue por un raro conocimiento de la psicología y las necesidades del estudiante norteamericano; raro, digo, porque según parece esa cualidad suele faltar a otros profesores extranjeros, por lo común de la más alta competencia. Y yo quiero deciros el secreto bien sencillo de este éxito mío y del tropiezo de

tantos otros con los que yo no osaría compararme. El profesor que viene de Francia o de Alemania sabe ciertamente que el estudiante norteamericano es distinto del de su país y se esfuerza seguramente por adaptar su enseñanza a su psicología y sus necesidades, tal como él las entiende, dando todo ello como resultado que ni enseña como enseñaba en su país ni como los norteamericanos suelen enseñar. En cambio yo os aseguro que aquí, como en Oviedo o Salamanca, he tratado simplemente de ser leal y sincero con mis estudiantes, enseñándoles lo que mejor sé tal y como yo lo entiendo, es decir, a mi manera, que sin duda es española como yo, y por serlo de verdad es algo vivo y real, inteligible a todo el mundo. El conocimiento de una lengua extranjera nos sirve mucho más para entender a los que nos hablan en ella que para que nos entiendan a nosotros, que en rigor sólo somos nosotros mismos cuando hablamos en nuestra lengua propia. Entiendo mejor al norteamericano cuando me habla en su inglés nativo que cuando me habla en español por bien que lo conozca, y si yo quiero que me entiendan bien, prefiero hablar en español aunque mi dominio del inglés sea superior al que del español tenga el que me escuche. Una buena traducción de lo que nosotros hayamos escrito en nuestra lengua es mucho más fiel a nuestro pensamiento que lo que nosotros pensaríamos y escribiríamos directamente en una lengua extranjera. Y no olvido al decir esto los ejemplos raros que ofrecen algunas literaturas de escritores que han producido obra original y valiosa, no en la lengua de su infancia, sino en una lengua extranjera que por una u otra razón ha llegado en rigor a ser su lengua propia.

Os digo todo esto—quizá demasiado vulgar—para que penséis todos, como nuestro Rector, que ni el tiempo ni la distancia han podido ni podrán nunca alejarme de vosotros. Cuando ahora, mientras escribo, levanto mis ojos, descansan estos sobre la visión ancha y espléndida de la gran Universidad de Columbia, cuyos edificios sólidos y flamantes se levantan en el corazón de la gran urbe como una bella afirmación de plenitud y de fuerza. La contemplación de este paisaje día tras día debe de haber dejado su sedimento en mi alma; pero ahora mismo como tantas otras veces innumerables, al mirar este paisaje lo he visto transfigurarse, y ha aparecido ante mis ojos, como otro milagro hermano de energía desborbante y avasalladora, el florecer espléndido de nuestra universidad, en los grandes días de la patria, cuando la Salamanca antigua y medieval vió levantarse, como heraldos del Renacimiento, las fábricas de su universidad y sus colegios. La sinfonía de aquellas piedras claras, doradas por sol de siglos, es la única que se acuerda con el ritmo hondo de mi espíritu; pues entre aquellas piedras nací y crecí, y la visión de su gracia y hermosura—que ahora sólo entiendo—entró por mis ojos cuando se abrieron a la luz y ha quedado en el fondo de mi alma fundida con el ritmo de la lengua y el de las dulces tonadas maternales.

Entenderéis ahora porqué no estoy ni puedo estar nunca lejos de vosotros. Cuando al escribir este discurso—como siempre que un discurso se escribe—he de representarme el público ante el cual ha de leerse, no tengo que hacer ningún esfuerzo para lograrlo. El esfuerzo viene cuando trato de reducir la impresión vivísima y luminosa de mis recuerdos de infancia y juventud a las justas proporciones del sentimiento que dominará en vuestros espíritus ante una indiferente fiesta académica acostumbrada. Debo darme cuenta de que soy el profesor de turno encargado de leer una enojosa disertación y no más

el muchacho que subía entre aplausos a recoger los premios ni el estudiante mozo que os hablaba desde esta tribuna poniendo en sus palabras un cierto ardor juvenil. Pero no querría ser lo primero tampoco. Dejadme que me siente como el que vuelve de tierras lejanas y en la casa paterna cuenta a parientes y amigos sus experiencias y aventuras, poniendo en sus palabras un ardor equivalente sólo a la curiosidad apasionada de los que le escuchan, dominados todos por un sentimiento común que no nace de las cosas que se dicen sino del descanso en los afectos inconmovibles, bajo el dulce techo familiar.

Voy a contaros, pues, algunas de mis experiencias, la que más de cerca tocan a nuestro trabajo común universitario y a nuestras preocupaciones intelectuales. Estaría contento si, al oír mis palabras, reconocierais en ellas aquella misma voz familiar y conocida del buen muchacho lleno de esperanza que, después de vivir intensamente su juventud a vuestro lado, marchó á lejanas tierras y que es el mismo que desde ellas ahora—más cerca que nunca—os habla.

El simple hecho de mi estancia en una universidad extranjera tiene un alcance y una significación que debemos meditar. Esta significación no estriba, claro está, en el hecho de que se trata de mí, sino de que un profesor español salga por primera vez de España para encargarse de una cátedra en una gran universidad extranjera, que, como podía esperarse tratándose de los Estados Unidos, es la más grande del mundo. Es verdad que otros universitarios españoles han pasado por este país y en estancias breves, por medio de conferencias, han dado una brillante impresión de la ciencia española. No hay que dudarlo si recordamos que entre ellos se cuentan nuestras dos más puras glorias científicas, Cajal y Menéndez Pidal, que vinieron aquí en virtud de su prestigio universal y no en calidad de universitarios españoles. Amí me ha tocado ser el primero que ha venido a ocupar, en calidad de profesor español, un puesto fijo y regular en la enseñanza norteamericana.

Significa este hecho un principio de vida internacional, cuya falta constituye uno de los más graves defectos de nuestras universidades. Cuando la Universidad de Salamanca era viva y grande, en la Edad Media y hasta muy entrado al siglo XVI, profesores extranjeros solían enseñar en ella y no era raro que profesores y alumnos salmantinos enseñasen y estudiasen en las otras universidades de Europa. Esta práctica, interrumpida por nosotros desde que nos entró en el siglo XVI aquella fiebre suicida de aislamiento de que no nos hemos curado todavía, ha sido continuada e intensificada por las universidades de todos los países que forman la comunidad de los pueblos civilizados de la tierra. Centenares de norteamericanos han ido constantemente a completar sus estudios en las grandes universidades de Europa. Millares de estudiantes vienen todos los años de Asia, de Hispano-América y de Europa misma a estudiar en estas universidades norteamericanas. Sus cátedras han estado abiertas a los profesores de las universidades de Alemania. Inglaterra, Francia e Italia. Y así como la masa étnica de este gran pueblo se ha formado de la fusión en un tipo común de gentes de la más varia extracción europea, su mentalidad se ha formado igualmente fundiendo, en el molde originariamente inglés, el más rico y variado aluvión de la cultura europea. Sólo nosotros, dominados por un hábito de aislameinto secular. hemos permanecido fuera de este movimiento, hasta que, no hace muchos

años, la *Junta para ampliación de estudios* empezó a enviar por centenares sus pensionados al extranjero. Y he aquí que ahora la universidad de Columbia, por iniciativa propia, abre sus puertas a un profesor de España y le encarga de dirigir y organizar los estudios superiores de lengua, literatura y civilización españolas.

Espero que no juzgaréis impertinente que os hable de mí mismo tanto como lo vengo haciendo para sacar de mi experiencia apreciaciones que puedan tener un interés general para nosotros todos. Se necesita bastante modestia para hacerlo. Pues bien, yo he de deciros, como prueba de lo grave que es la falta de vida internacional, que esta iniciativa insólita de las autoridades de la Universidad de Columbia al invitar por primera vez a un profesor español—acto que se hubiera encontrado natural si de un alemán, inglés, francés o italiano se tratara—pareció a no pocos arriesgada y no dejó de ser combatida hasta por algunos que se dicen conocedores y amigos de España y que de labios españoles han aprendido lo mejor que saben. No se trataba de desconfianza de la persona nombrada, que había sido escogida cuidadosamente; se trataba de algo más hondo y general, de la aprensión que siempre sentimos ante lo desconocido. No hay en mis palabras ni un asomo de queja por esta actitud de los norteamericanos, de la cual su generosidad impidió durante mucho tiempo que yo me diera cuenta; desde mi llegada no me faltó ni por un momento, no sólo la ayuda y la confianza ilimitadas de las autoridades y de los compañeros, sino el entusiasmo y la simpatía fervorosa de los estudiantes, confianza y entusiasmo que, como comprendaréis, eran otorgados al profesor español que llegaba y no a mi persona, entonces para ellos desconocida. Pero yo he podido saber después, cuando ya la duda había desaparecido, que mi llegada fué recibida con una duda expectante, que no se refería tanto al saber y a la competencia científicas, como a la posesión de las cualidades mínimas necesarias para encajar en el ambiente universitario norteamericano. En una palabra, se pensaba que un español, aunque inteligente y cultivado en alto grado, sería un hombre de psicología extraña que entraría en conflicto con el nuevo ambiente, no siendo capaz, por lo tanto, de desarrollar una labor normalmente fructífera. El asombro y la reacción consiguiente fueron grandes cuando pudieron observar que el español, sin dejar de serlo, por el mismo hecho de serlo, resultaba ser un hombre corriente, que, si por algo se distinguía, era por su facilidad de adaptación y su comprensión del carácter norteamericano.

No debe irritarnos esta prevención nacida del desconocimiento, al que nosotros voluntariamente y por tanto tiempo hemos contribuído. La prueba de que no hay en los Estados Unidos prevención contra nada que de España venga—y hay que decirlo en honor de este pueblo, cuya conducta contrasta tanto con el estrecho nacionalismo de los pueblos europeos, que parece querer siempre afirmarse negando a los demás—está en el entusiasmo sin reservas con que todo lo español se acoge. Conocidos de todos son los éxitos ruidosísimos logrados aquí por nuestros pintores Sorolla y Zuloaga, por nuestros músicos Casals y Granados, por nuestros cantantes María Barrientos, Lázaro, Mardones, Gogorza, por nuestros escritores Benavente, Baroja, Blasco Ibañez. A este último, con notoria equivocación que ya van rectificando, le han convertido en un ídolo popular y no vacilan algunos en considerarle el más grande escritor del mundo; vemos, pues, que hasta cuando se equivocan—y sus

equivocaciones son tan grandes como sus aciertos—hacen objeto de su mal dirigida admiración a un español. Pero yo quiero hablaros de otros éxitos que por referirse a españoles más modestos son más significativos, ya que demuestran que no son sólo valores excepcionales los que se aceptan, sino que todo valor, sea el que sea, existente en un español encuentra reconocimiento en este país, sin prejuicios ni reservas. Del corto número de jóvenes españoles que han venido aquí a ampliar sus estudios y a cultivar sus especialidades son varios los que han encontrado, no soló la acogida cordial que han disfrutado todos, sino la invitación a ocupar puestos pagados y a veces muy honrosos en centros de investigación y de enseñanza. En el Instituto Rockefeller, donde la ciencia médica de todo el mundo está representada por algunas de sus más grandes figuras como Loew, Carrel, Noguchi, Levine, ha podido estar España representada también gracias al Dr. López Suárez, sobre cuya labor yo, que no sé nada de esas cosas, nada me atrevería a decir, excepto el hecho de haberle visto allí trabajando en su laboratorio propio, haber visto sus trabajos firmados por él y el Dr. Levine o por él sólo entre las publicaciones del Instituto y haber oído las palabras de respeto y consideración con que se le recuerda en aquella casa. Un joven profesor de la Universidad de Murcia, el Sr. Monídez, ha saltado del sórdido engendro del caciquismo español a un laboratorio de la Institución de Carnegie, donde habrá tenido ocasión de meditar a distancia acerca de las diferencias entre el conservadurismo español y el capitalismo norteamericano. El Dr. García Banús, joven naturalista, ha enseñado en un colegio de la Universidad de Yale, y habrá sabido apreciar la generosidad de los norteamericanos al ver en perspectiva, para cuando en su España quiera enseñar, el calvario grotesco de las oposiciones. Otros españoles hay para quienes las universidades de los Estados Unidos, más generosas con ellos que las de España, han abierto sus puertas, sin oposiciones y sin escalafón, pero con seguridad de que su trabajo será reconocido y recompensado. Así ha sido posible que dos docenas de españoles cuando menos enseñen en universidades y colegios norteamericanos nuestra lengua y literatura, con franco y general aplauso.

Todos estos hechos son ejemplos que muestran bien a las claras, no ya la falta de prejuicio o desdén, sino el profundo interés con que todo lo español se mira. Este interés—que siempre ha existido en cierto grado y entre ciertas gentes—se ha convertido últimamente en un verdadero movimiento nacional. Este hecho es de una importancia tal que no necesita ser encarecida. Los Estados Unidos son hoy el país más poderoso de la tierra. Su intervención en la política del mundo desde la guerra europea ha sido decisiva y esencial. Parece que el centro de la civilización universal se ha corrido hasta este continente. Y los Estados Unidos, poderosos y grandes, pletóricos de riqueza y de energía, se levantan como un coloso formidable entre Europa y Asia, y con toda la América a sus pies. Y en este momento en que los Estados Unidos alcanzan la plenitud de su conciencia nacional y por lo tanto internacional, se vuelven hacia nosotros y consagran sus inagotables energías a aprender nuestra lengua y asimilarse nuestra cultura. Sea cualquiera el sentido de este movimiento, las intenciones que lo guíen y los resultados que se logren, el hecho no puede sernos indiferente, puesto que no lo será al destino de nuestra civilización. Por eso yo deseo tratar de explicarme y explicaros la significación que para nosotros tengan o puedan tener todos estos hechos.

Ha habido siempre en los Estados Unidos cierta gente, poca pero muy selecta, que ha hecho a nuestra España objeto de su amor y su devoción. Aunque la mayoría lo olvidase, siempre había aquí gentes que recordaban que España era el pueblo que descubrió América para el mundo y que españoles fueron los primeros que exploraron la misma tierra de los Estados Unidos donde aún quedan tantas huellas de nuestra civilización. España era, además, el país romántico por excelencia, cuya tierra, historia, y literatura se ofrecían llenas de emoción exótica y legendaria. Los nombres de Wáshington Irving, Longfellow, Prescott, Ticknor, Lowell, Howells, vendrán enseguida a la imaginación de todos. No ha estado nunca difundido el estudio del español como lo está ahora; pero no dejaba de estudiarse en las universidades y colegios más importantes, llegando a producirse una brillante escuela de hispanistas que han consagrado sus vidas al estudio de nuestra lengua, literatura e historia. Antes de que el interés por ellas se hiciese general y popular como lo es ahora, se habían dado a conocer y habían mantenido sin interrupción el interés por nuestras cosas un buen número de especialistas e investigadores tales como Ford, Pietsch, Shepherd, Lang, Schevill, Northup, Carolina Bourland, Rennert, Marden, Buchanan, Espinosa, Crawford, Hills, Fitz-Gerald, Morley, Olmstead, Bransby, Wagner, Umphrey, Keniston, House, Chandler, De Haan, y tantos otros cuyo nombre y cuya labor son bien conocidos entre cuantos en el mundo se dedican a estudios filológicos y literarios.

Toda esta tradición españolista de los Estados Unidos vino a culminar en la creación de la *Hispanic Society of America,* cuya biblioteca y museo constituyen el monumento más grandioso que se ha levantado a España en el extranjero. La inteligencia, el amor y la devoción de un solo hombre, Archer M. Huntington, nombre que debe sonar siempre en labios españoles con gratitud y admiración, han hecho el milagro de reconstituir en el seno de esta ciudad de Nueva York una síntesis espléndida de lo más alto de nuestra civilización, que estará aquí ante los ojos de los norteamericanos como una enseñanza perpetua de lo que nuestro espíritu es y de lo que hemos hecho por el mundo. Ni siquiera puede quedarnos el resquemor de pensar que tanta belleza pudiera estar ante nuestros ojos en nuestra propia tierra. Nada nos ha sido arrebatado; precisamente Mr. Huntington, mejor español que nosotros mismos, ha ido recogiendo paciente y piadosamente toda la parte de nuestro caudal artístico que andaba ya perdida por el extranjero. Cuando ha hecho por su cuenta excavaciones en España allí han quedado siempre los originales. Y gracias a este esfuerzo, sin daño ninguno para España, ha resultado el beneficio inmenso de salvar para la posteridad tantas riquezas bibliográficas y artísticas, que hubieran permanecido ocultas o hubieran acabado por perderse tal como andaban desperdigadas por el mundo. Ahora están aquí, en magnífico edificio propio, en fundación perpetua, abiertas a los estudiosos y al público, dando a conocer España, con su presencia muda, mucho mejor que todas las interpretaciones que de ella se hacen en todas las clases y en todos los libros. Nada falta allí; todas las épocas y manifestaciones de nuestro arte están representadas por unos cuantos ejemplares de primer orden; podría seguirse a través de sus colecciones un estudio completo de las diversas fases de la arqueología española; en su biblioteca se guarda una colección riquísima de obras de todo género, pertenecientes sobre todo a nuestros siglos de oro, muchísimas, obras raras, y no pocas, únicas; de sus muros

cuelgan cuadros admirables de nuestros primitovas y de los grandes maestros modernos desde El Greco, Velásquez, Ribera, Zurbarán y Goya hasta Fortuny, Sorolla y Zuloaga. Todas las variedades históricas de la civilización española, mirada ésta en su más amplio y verdadero sentido, es decir, en aquél que comprende dentro de sí las diversas modalidades del espíritu ibérico, tales como Galicia, Portugal, Cataluña, y desde luego todos los países de América a donde españoles y portugueses trasplantaron su civilización, son acogidas bajo el mismo techo y hermanadas bajo la advocación de la gran Hispania. ¿Quién duda, en vista de todo esto, que el norteamericano que ha concebido y ejecutado esta obra lleva en su espíritu una idea de España más alta y más generosa, más llena de respeto y comprensión de nuestro pasado y nuestro porvenir, que la que nosotros mismos solemos tener? Una prueba de este respeto y comprensión la encontramos en el hecho de que esta *Sociedad Hispánica,* establecida en un país protestante, y cuyos directores están seguramente muy lejos de ser católicos, haya levantado en sus propios terrenos una iglesia católica, es decir una iglesia de la religión que, creamos en ella o no, ha sido durante siglos el cauce donde se ha vaciado nuestro espíritu y continúa siendo para nosotros la religión única en que se cree o no se cree. Todo lo español, pues, que tenga una significación histórica o un positivo valor actual cabe en los muros de la Sociedad Hispánica y en la mente de su fundador. No es producto esta sociedad solamente de un sentimiento de culto al pasado o al presente pintoresco de España, bajo el cual tantos hispanistas ocultan su desdén por la España viva de hoy, es decir, por la España eterna. La Sociedad Hispánica ha dado a conocer en este país a Sorolla y a Zuloaga; ha incluído en sus publicaciones obras de Rubén Darío, de Guimerá y del más exquisito de nuestros poetas líricos, Juan Ramón Jiménez; ha invitado sucesivamente a dar conferencias a personalidades tales como Menéndez Pidal, Ruben Darío, María de Maeztu, Blasco Ibáñez, Ramón Pérez de Ayala. Cierto es que a pesar de la alta significación que todos estos nombres tienen en la moderna cultura española no son bastantes para dar una justa idea de lo que hoy somos; pero no hay que olvidar para apreciar en todo su valor estos hechos, que el fin propio de la Sociedad Hispánica es dar a conocer a los norteamericanos las formas más altas del espíritu español en todo lo que constituye un legado a la humanidad y una contribución a la cultura universal. Ha de ser, por lo tanto, el pasado su campo natural de acción; su interés por el presente es, pues, más loable; y no sería lo menos loable en él, y lo que más respeto a España muestra, el criterio de selección y de reserva con que la Sociedad Hispánica procede al ofrecer a los norteamericanos manifestaciones de la vida española contemporánea. Sólo así, con esta intención seria y decidida de dar a conocer poco de España pero siempre bueno, logra la Sociedad Hispánica contrarrestar el positivo daño que nos están haciendo tantas personas y empresas, como, por ignorancia o commercial interés, se esfuerzan en difundir productos dudosos o francamente malos de nuestra cultura que más nos valdría ocultar. Mucho más podría aún hacer la Sociedad Hispánica en este sentido; pero no hemos de regatear el elogio a lo hecho en consideración a lo que se haya dejado de hacer, para lo cual habrá lugar en la labor futura de esta sociedad que lleva sobre sí, por derecho propio. la alta misión de dirigir, encauzar y elevar el conocimiento de España y los demás países de civilización española en los Estados Unidos. La base está

ya hecha y es inconmovible y luminosa. Toda una España ideal hehca de pedazos reales de España, se levanta en la cima más alta de esta inmensa ciudad de Nueva York, entre Broadway, la gran calle activa que se extiende y se extenderá hasta donde la ciudad llegue, y Riverside Drive, el paseo elegante que sigue la orilla del río Hudson, grande e imponente como la naturaleza y el alma americanas. Entre estas vías, por donde fluye la vida tumultuosa y agitada de este pueblo, hay un remanso de sosiego y silencio maravilloso, donde el alma pura y exaltada de España vive y sueña. No sé lo que sentirán los americanos que penetran allí al volver de sus negocios; para mí ha sido una prolongación de la patria, un refugio de paz y de descanso donde he vivido algunas de las horas más intensas de mi vida. Por eso entre la información que os vengo dando no han podido menos de deslizarse algunas gotas de emoción.

Toda esta corriente de Hispanismo que ha venido desarrollándose sin interrupción durante el siglo XIX hasta nuestros días, tenía, pues, un carácter francamente intelectual y artístico, desinteresado y aristocrático por tanto, y no trascendía a las masas generales del país, altas o bajas, que ignoraban nuestra lengua y tenían solamente una vaga idea de la existencia no sólo de España sino de los países hispanoamericanos hasta que la guerra de 1898 despertó un interés por los países españoles. Esa fecha de 1898—que para nosotros significó el fin de tantas cosas, entre ellas de nuestra dominación política en América, para empezar en cambio otras, más valiosas quizá que las que perdimos, puesto que conducían a una renovación interior y a un acercamiento mayor espiritual a los pueblos hermanos de la América libre—significó para los Estados Unidos el principio también de una nueva era de su historia. Hasta entonces había vivido este pueblo encerrado en sí mismo, atendiendo a sus problemas de orden interior, construyendo trabajosamente y tras no pocas luchas la cohesión nacional. Toda su política internacional se reducía al mantenimiento invariable de la doctrina de Monroe y por lo tanto a la prevención cuidadosa de toda ingerencia externa. Pero llegó un momento en que este pueblo unido y fuerte pletórico de vida interior, empezó a sentir la necesidad de rebasar los límites de su propio confinamiento, y al alcanzar la plenitud de su conciencia nacional surgió necesariamente la conciencia internacional. La primera fase de esta tendencia consistió en tomar una posición respecto a los pueblos más próximos, es decir, los demás pueblos de América, los de la América española. La posición tomada se ha traducido en dos órdenes de hechos; una política general de estrechamiento de los lazos económicos y morales entre los pueblos todos de América para ayudarse a realizar sus fines comunes, es decir, la política llamada panamericanismo, y la intervención concreta de los Estados Unidos, en diversos momentos y con motivos y fines de muy diferente carácter, en la vida interior de ciertos pueblos hispanoamericanos, como, por ejemplo, Cuba, Puerto Rico, Méjico, los países centroamericanos, Panamá y Santo Domingo. La primera tendencia, o sea, el panamericanismo, puede considerarse como un movimiento nacional que va definiéndose e intensificándose de día en día y que encuentra acogida y aplauso en todos los corazones norteamericanos; los hechos de la segunda clase, como son muy distintos entre sí, son juzgados de muy diferente manera por los ciudadanos de este pueblo y algunos de ellos están en franca contradicción con los sentimientos dominantes en la mayoría de los norteamericanos.

Pero yo no voy a hablaros ahora de la política de los Estados Unidos, que, para ser bien entendida, necesitaría ser estudiada extensa y cuidadosamente; yo quiero simplemente mostraros las consecuencias que esa política haya podido tener para desarrollar en este país el estudio y difusión de nuestra lengua y nuestra cultura.

Toda esa tendencia de acercamiento a los pueblos hispanoamericanos y las relaciones comerciales cada día crecientes con ellos, han contribuído a crear un interés, cada día creciente también, por la lengua y la civilización españolas. Este interés ha llegado a su colmo en estos últimos años, desde que la guerra empezó y produjo en este país, con rapidez increíble, una transformación prodigiosa cuyo alcance nadie podría calcular. Los Estados Unidos, quiéranlo o no, han entrado en una nueva fase de su historia francamente expansiva e internacional; ya no pueden vivir dentro de sus fronteras ni sentirse ajenos a nada que en el mundo ocurra; el papel directivo que, por la fuerza de los hechos, han asumido desde los días de la guerra, les obliga, si han de vivir, a contar con todo el mundo como todo el mundo cuenta con ellos, y a desarrollar, como lo vienen haciendo, no sólo una política internacional hispanoamericana, sino una política europea y una política asiática. El pueblo norteamericano parece mostrarse reacio a entrar de lleno en el nuevo camino, lleno de peligros y responsabilidades, que las nuevas circunstancias creadas en el mundo fatalmente le imponen, y suspira casi unánimemente por la continuación de la tradicional política de aislamiento; pero esta reacción no durará y ahora mismo está en contradicción con el hecho de que la opinión pública norteamericana se preocupa hondamente por todos los problemas internacionales que van surgiendo, trátese de Méjico, de Rusia, del Japón, de China, de Polonia, de Inglaterra o de Francia. Como éste es un país sano y vivo los movimientos políticos responden a realidades nacionales o las crean y fomentan rápidamente. Por eso la política panamericana no es solamente una aspiración de los hombres públicos y de las instituciones creadas al efecto, sino una vigorosa aspiración nacional en que se sienten unidos todos, desde los grandes fabricantes y financieros hasta los niños de las escuelas. Cuando en 1914 los grandes pueblos empeñados en la guerra europea hubieron de concentrar toda su energía productora en atender a las necesidades de la guerra y tuvieron que abandonar su comercio exterior, el pueblo de los Estados Unidos vió, con certero instinto, la posibilidad única de apoderarse de aquellos mercados y de asegurar en ellos su comercio de exportación. Entonces el problema de la expansión comercial en la América española se convirtió en esa aspiración nacional a que acabo de aludir pasando así el panamericanismo del terreno de la aspiración teórica o la política práctica al de las fuerzas hondas nacionales que mueven en una dirección a todo un pueblo.

Entonces empezó a desarrollarse, como una fiebre colectiva, el ansia de conocer el español y todo lo referente a los pueblos donde el español se habla. El español era el instrumento para entenderse con ellos y con ellos commerciar. Pero comerciar, si ha de hacerse bien, es una actividad difícil; no basta con conocer la lengua, hay que conocer a los pueblos que la hablan, sus gustos, su carácter, sus costumbres, so psicología, sus ideales; para lograrlo hay que conocer su historia, su geografía, su literatura, su arte. Los pueblos hispanoamericanos son hijos de España; hay, pues, que ir a la fuente y conocer a

España. De todo este rodeo es capaz la mente norteamericana cuando quiere orientarse seriamente para la acción, y ésta es la razón de su éxito y su eficacia. Ahora tenéis explicado porqué desde 1916 el estudio del español creció en proporciones de cantidad y rapidez que no pueden medirse con las medidas a que estamos habituados en Europa. Las universidades vieron llegar millares de estudiantes a sus clases de español; las escuelas centenares de millares. He aquí cómo esta corriente popular, que buscaba el español como un instrumento de comercio y enriquecimiento, vino a encontarse con aquella otra corriente antigua, selecta y desinteresada, formada por especialistas, escritores y artistas, por estudiosos o enamorados del alma española. Ambas corrientes, aunque tan diferentes en origen y en naturaleza, se han hermanado bien y se han fecundado mutuamente. Gracias a la existencia de una escuela de filólogos y críticos especialistas en español, ha sido posible encauzar y dirigir el movimiento popular que irrumpió tan de súbito y con tanta fuerza; han podido formarse rápidamente, improvisarse, diríamos, los maestros que para tantos estudiantes se requerían; se han escrito los libros necesarios para la enseñanza; se ha creado por medio de conferencias, artículos y libros una conciencia pública de la significación de todo este movimiento.

Como yo llegué aquí justamente en 1916 he podido asistir al desarrollo de todas estas actividades desde mi puesto de la universidad de Columbia, que es quizá el mejor situado de los Estados Unidos para poder abarcar un hecho social de tal magnitud e interés y que, por otra parte, me tocaba a mí tan de cerca. Pero, dejando aparte esto último, puedo aseguraros que el estudio de ese hecho ha sido para mí una de las enseñanzas más valiosas que he recibido en este país. He visto—y lo he visto bien, porque he colaborado en ello—cómo se hacen las cosas nuevas, cómo se crean realidades allí donde no había nada, cómo se transforman las ya existentes, cómo todo es posible cuando hay voluntad e inteligencia. Y he meditado mil veces acerca de nuestro marasmo, nuestra impotencia, de ese algo, desconocido y fatal, que ata las voluntades, esteriliza los esfuerzos, mantiene dormidas las energías latentes que hay en nuestro pueblo, impide que se realice lo que todos queremos, y convierte en una vana aspiración y en un desengaño constante la voluntad de vivir de tantos españoles que no son menos buenos, inteligentes, trabajadores y sensitivos que otros hombres ni quieren menos que ellos una vida plena, justa, próspera y bella. Pero no es hora ahora de hablar de esto.

Sería muy largo explicar el modo como se ha llevado a cabo toda esta obra. El hecho es que antes de la guerra no se estudiaba el español en las escuelas y hoy se estudia en todas, reuniendo sólo las de Nueva York el año pasado más de 25,000 estudiantes y las de todo el país más de 200,000; que se estudia igualmente en las innumerables escuelas privadas; que colegios y universidades donde antes no se estudiaba cuentan ahora con millares de estudiantes; que aquellos otros donde siempre se estudió han visto multiplicarse su número y el de sus profesores; que el español se ha equiparado a las otras lenguas modernas en consideración oficial; que ha aumentado en la misma proporción el número de estudiantes en las clases avanzadas de lengua y literatura donde se forman los investigadores, que seguirán dando un alto sentido a todo este movimiento, en el fondo de carácter práctico y comercial; que los maestros de español de todo el país, que no bajan de 2,000, han llegado a

formar un cuerpo unido dentro de the American Association of Teachers of Spanish, que tiene su órgano propio, la excelente revista HISPANIA.

Muchos hombres e instituciones han colaborado en esta obra en el Este, en el Centro y en el Oeste de los Estados Unidos; todos los grandes centros de enseñanza y los hombres que en ellas enseñaban—algunos de los cuales he citado antes al hablar del desarrollo científico del estudio del español—han respondido rápida y cumplidamente a la creciente demanda popular. Pero corresponde la gloria principal de todos esos triunfos a la legión mucho más numerosa y más modesta formada por los maestros de las escuelas, quienes con admirable tenacidad y flexibilidad han sabido afrontar las nuevas y difíciles condiciones, sirviendo de lazo entre las dos corrientes, la altamente científica de los universitarios y la francamente práctica de las multitudes escolares. Ellos han sido los trasmisores de todo aquel alto conocimiento de España, hasta ahora albergado en el campo de la especialidad, haciéndolo llegar a las masas extensas de la juventud del país. Ellos son los mejores estudiantes de nuestras cátedras, a las que acuden al acabar el día, después de muchas horas de dura labor enseñando en sus escuelas; con ellos he convivido yo día tras día, puesto que ellos forman la gran mayoría de mis alumnos. Así he aprendido a quererlos y a admirarlos, y siempre les guardaré el agradecimiento de que me hayan hecho sentir durante estos años toda la dignidad que hay en esta profesión nuestra de la enseñanza cuando al ejercitarla estamos seguros de que nuestras ideas prenden y fructifican en cabezas ajenas y se extienden así con el ritmo inacabable de que está hecha la vida del espíritu. Al hablar en el ámbito limitado de la cátedra al centenar de estudiantes que cada año acude a mis clases, podía imaginarme otro auditorio mucho más extenso, formado por los millares de discípulos hasta los cuales aquellos hombres y mujeres llevarían mis palabras si yo sabía prestarles fuerza de verdad y de convicción; y a cada momento sentía la responsibilidad de quien conoce la eficacia poderosa y terrible de la palabra humana.

Este esfuerzo de los maestros para adaptarse a la nueva realidad es una prueba más de la vitalidad de este pueblo, y una enseñanza para nosotros, que tan fácilmente nos dormimos en los caminos acostumbrados y que tan tenazmente nos agarramos a los precedentes y a los derechos adquiridos. Antes de la guerra y durante muchos años era el alemán la lengua que más se estudiaba en los Estados Unidos; cuando, desde que la guerra empezó, el estudio del alemán empezó a decaer y casi desapareció, quedando sin estudiantes y sin trabajo la mayoría de los maestros de aquella lengua, pusiéronse éstos a aprender ardientemente el español, que era la materia para la que se requerían constantemente nuevos profesores. ¡Cuántos empezaron así, obligados por una presión económica, a estudiar la lengua española, con toda la repugnancia que produce el tener que entrar en un camino nuevo teniendo que perder todo el terreno ganado en largos años de estudio y de trabajo, y acabaron por encariñarse con nuestra lengua y convertirse en entusiastas propulsores de su estudio al descubrir a través de ella la existencia, antes ignorada, de una gran civilización! Muchos profesores de otras lenguas, especialmente de francés y de latín, pudieron aprender rápidamente el español gracias a su conocimiento anterior de lenguas afines; muchos jóvenes que estaban en las universidades entraron resueltamente en el estudio del español; se echó mano de los españoles e hispanoamericanos que pudieron encontrarse con suficiente prepa-

ración; y en esta forma ha podido crearse en dos o tres años un profesorado culto, inteligente y capaz que cada día mejora y aumenta, y que desde luego es hoy ya tan competente y elevado como el de cualquiera otra disciplina. Esos maestros son los mismos que habéis encontrado a veces en España, que acuden por docenas a los cursos de verano del Centro de Estudios Históricos de Madrid, y que visitan igualmente los países hispano-americanos, haciendo el sacrificio económico de un viaje al extranjero para aprender no sólo la lengua sino la vida y las costumbres de los pueblos que la hablan y poder a su vuelta llamarse dignamente profesores de español.

El aspecto práctico de la enseñanza del español, a que todos estos maestros se aplican, tiene para nosotros otra importancia, además de la difusión: la de que, gracias a esta tendencia, se ha despertado interés y curiosidad por las realidades actuales de los pueblos de habla española, por su vida de hoy y su porvenir, mientras que antes casi solamente su historia atraía e interesaba. Así podía darse al caso de encontrar aquí—como yo encontré a mi llegada—un desconocimiento casi absoluto de la moderna cultura española, mientras había especialistas que escribían magistrales estudios sobre el español antiguo o el teatro del siglo de oro. Esos mismos especialistas (como muchos otros de España) que tan a fondo conocían la España del pasado, ignoraban quizá hasta el nombre de las grandes figuras que representan las nuevas direcciones iniciadas en el mundo de habla española desde hace veinte o treinta años. Su conocimiento llegaba hasta la época de la Restauración; Echegaray, Campoamor, y los grandes novelistas del siglo XIX eran, para ellos, los representantes de la literatura contemporánea de España. Hoy, en cambio, todos los que estudian español se dan cuenta, mejor quizá que en España misma, de la transformación radical que la cultura española—en América y en España—sufrió en los últimos años del siglo XIX, y son familiares para todos los nombres y las obras de Rubén Darío, Rodó, Nervo, Chocano y tantos otros grandes escritores de América, asi como los de Benavente, Unamuno, Azorin, Valle-Inclán, Baroja, Juan Ramón Jiménez, los Machados, Ayala, los Quinteros, Martínez Sierra, y otros escritores españoles que, juntos con los americanos, y con nuestros artistas y científicos, a quienes también conocen, muestran bien claramente a los norteamericanos que, en medio de tantos cambios y desdichas, se mantiene siempre viva la originalidad de la raza española. Hoy estos autores nuestros son conocidos no sólo de los maestros sino de los niños y jóvenes norteamericanos, que aprenden español leyendo sus obras en las escuelas, y aun del público general, ya que cada día aparecen traducciones de sus libros y se representan en los teatros sus comedias. Antes la corriente erudita se ocupaba casi solamente de España; hoy se da a los países americanos toda la atención que merecen, no ya como posibilidades económicas, sino como creadores de una moderna cultura española.

Comprenderéis ahora hasta qué punto ha tenido una significación y unas consecuencias de valor espiritual esta corriente del estudio del español tan señaladamente interesada y práctica; y cómo ha servido hasta para ensanchar y humanizar la comprensión de los especialistas y eruditos. La misma cultura general norteamericana podemos decir que se ha enriquecido al añadir a otras influencias extranjeras la que hayan podido ejercer nuestro arte y literatura y el conocimiento de nuestra vida y costumbres. Esta deuda tienen contraída a la vez España y los Estados Unidos con los maestros de español, y singular-

mente con el hombre que ha unificado y encauzado sus esfuerzos, Lawrence A. Wilkins, organizador y presidente de la Amercian Association of Teachers of Spanish, y Director de las lenguas modernas en las escuelas públicas de la ciudad de Nueva York.

He tratado de presentar ante vuestros ojos con alguna claridad la situación de la enseñanza del español y las fuerzas que han contribuído a su desarrolla; para completar el cuadro debería hablaros también de los que a él se han opuesto tratando vanamente de detenerlo o destruirlo. Los enemigos son de varias clases. Hay unos que querrían reducir a la nada el estudio del español. Como su actitud ès absurda, vista a la luz de los interéses norteamericanos, debemos suponer que se tratará de extranjeros (y la mayoría lo son) cuyo estrecho nacionalismo les hace ver con malos ojos todo lo que no redunde en beneficio de su propio pueblo. A veces quizá se trate de profesores de otras materias, algo pequeños de espíritu, que no pueden menos de sentir celos al ver que la materia del vecino goza del favor de los estudiantes y del público. Como todos estos son pocos, o si son muchos, no se atreven a expresar claramente su intención, no he de ocuparme de ellos más que para señalar su falta de patriotismo, si norteamericanos son, y su falta de respeto al país donde viven, si son extranjeros, al poner por encima de los intereses nacionales de los Estados Unidos su vanidad profesional o su estrecho exclusivismo nacionalista.

Hay otros enemigos de peor especie que, aceptando la necesidad de estudiar el español y aun tratando de fomentarla, se esfuerzan por anular los efectos favorables que para España pudiera tener. Son éstos los que, admitiendo el valor práctico del español como instrumento de comercio, le niegan todo valor cultural. En consecuencia, según ellos, el español debería ser estudiado por aquellas personas que han de dedicarse a los negocios, intensificando el carácter práctico de su enseñanza; pero de ningún modo ser aceptado como una de las materias a que puede concederse valor educativo general, y por lo tanto servir a los estudiantes para ser admitidos a la enseñanza superior de colegios y universidades. Es decir, que, requiriéndose el conocimiento de una lengua moderna entre los que forman la base de una educación general, no se quiere aceptar el español como una de las lenguas aptas para dicho fin, que sólo puede ser satisfecho mediante el conocimiento del francés, del alemán o del italiano. Se quiere, por lo tanto, que el estudiante que haya escogido el español, se vea obligado, si ha de avanzar en sus estudios, a tener que estudiar otra lengua además, ya que el conocimiento de la lengua española no puede haber educado suficientemente su espíritu ni la literatura escrita en nuestra lengua puede considerarse digna de serio estudio. Las palabras que yo empleo son suaves, puesto que, no gente de la calle, sino profesores de lenguas romances, que deben saber algo de España, se han expresado públicamente en formas muchas más violentas, y se han atrevido a presentar a discusión en reuniones de sociedades sabias la tesis de que la lengua española no tiene literatura digna de tal nombre. Y estos hombres honestos se han preguntado públicamente: entonces ¿para qué estudiarla? Clara está que los norteamericanos amigos y conocedores de la cultura española no han dejado sin contestación esa pregunta airada, y han tenido que *recordar* que Cervantes sólo con Shakespeare puede emparejarse en la historia de la literatura universal, que nuestro romancero es el monumento de poesía popular

más grande y más vivo que ofrece ningún pueblo, que nuestra novela clásica creó para el mundo los diversos tipos de la novela moderna, que nuestra literatura mística es única, que nuestra comedia clásica es el primer teatro popular y romántico de Europa, que el influjo de nuestra literatura sobre las de Francia, Inglaterra, Alemania o Italia no puede ser menospreciado por nadie que pretenda conocerlas; que de la entraña de nuestro espíritu y de nuestra raza han salido las dos creaciones de D. Quijote y Don Juan, que sólo con las de Shakespeare en universalidad pueden compararse y que en nacionalidad les aventajan; que Velázquez y Goya, siendo tan grandes como las más grandes pintores del mundo, son los padres de la pintura moderna; que a españoles y portugueses se debe el descubrimiento del mundo; que durante veinte siglos España ha vivido enlazada a la cultura universal, colaborando en ella por medio de contribuciones peculiares, inconfundibles y capitales en latín, en árabe, en hebreo y en español; que hoy mismo el todo inseparable que forman los pueblos que hablan español ofrece al mundo manifestaciones de vitalidad espiritual cuyo valor no es igualado por todos pueblos que se consideran directores de la civilización.

Todo esto y mucho más ha sido dicho por los amigos y conocedores de la cultura española en contestación a los que quieren que el español no sirva más que para escribir cartas comerciales. Yo, que soy español, añadiría esto: Si se tratase de determinar en absoluto cuál de las lenguas modernas tiene un valor superior educativo para el estudiante norteamericano, yo elegiría sin vacilar el francés, por razones que para muchos serán obvias y en cuya exposición yo no podría ahora detenerme. Debido a esas razones, sin duda, es el francés la lengua que hoy se estudia más en los Estados Unidos (por lo cual no deberían mostrarse tan agrios los partidarios exclusivos de ella). Pero si por cualquier motivo especial un estudiante o cien mil desean estudiar otra cualquiera de las lenguas modernas que han servido de expresión al alma y a la vida de alguno de los grandes pueblos históricos que han competido en la construcción de la civilización occidental, como por ejemplo el alemán, el italiano o el español, yo no vacilaría tampoco en permitirles estudiar la lengua de su preferencia y me preocuparía tan sólo de que su estudio fuera lo bastante profundo y acabado para asegurar la asimilación de la significación cultural de dicha lengua. Mirando a los intereses de la educación del pueblo norteamericano, me felicitaría del hecho de la divergencia, porque sólo así, estudiándose por diversos estudiantes las diversas lenguas cultas, (ya que no es posible que cada uno las estudie todas), resultaría que la colectividad norteamericana se habría asimilado, de manera compleja y armónica, las diversas modalidades de la civilización europea. A los que tratan de confinar el estudio del español en los límites del más estrecho practicismo y pretenden impedir que los estudiantes, una vez hecho el esfuerzo de aprender el idioma, lo utilicen como medio para asomarse a la vida de otro pueblo, gozar de su literatura et ilustrar su espíritu, no sabría qué decirles, porque creería que en este caso la convicción expresada, más que en un error intelectual, radicaba en una perversión moral. A éstos, así como a los que más radicalmente sustentan que nada se ha escrito en español digno de leerse, los miraría y pasaría sin decirles nada.

La sana doctrina ha sido sustentado casi unánimamente por los profesores norteamericanos, y es la que, por fortuna, va imperando. Se estudia el español

lo mejor que se puede, no sólo en su aspecto práctico, sino como expresión de una civilización. Cada día hay más jovenes en las universidades que toman la lengua y literatura españolas como objeto de su especialidad. Sólo en esta universidad de Columbia hay cada año más de cien estudiantes que toman los cursos de filología y literatura, y de entre ellos más de una docena están preparando su tesis de doctor sobre un asunto español. No podría decirse lo mismo de ninguna otra universidad del mundo, ni siquiera de ninguna de España. Algo parecido ocurre en las demás universidades de los Estados Unidos. Claro está, que la gran masa de estudiantes no puede llegar a estas alturas y ha de contentarse con dos o tres años de español, pero contando con esta limitación, se administra a los estudiantes la cantidad conveniente de gramática, literatura, historia y geografía, se les da a leer libros de los mejores autores, se celebran representaciones teatrales en las escuelas, se crea en las clases un ambiente español por medio de fotografías de tipos, ciudades y paisajes, reproducciones de cuadros y objetos de fabricación española; se cantan canciones populares de España; en una palabra, se hace todo lo que se puede para dar al estudio del español el más alto valor educativo. Porque—dicen los buenos norteamericanos—aun mirando las cosas solamente por el lado práctico, éste es el único camino que se puede tomar, la única manera eficaz y seria de capacitar a nuestros alumnos para ejercitar con fruto su profesión comercial.

Todavía quedan otros que hacen un daño aun más grave al estudio del español, porque éstos están dentro de casa, y su actitud se apoya en el mismo sentimiento popular que lleva a los norteamericanos a buscar el conocimiento de nuestra lengua. Estos no son enemigos del español, sino de España misma. Estos pretenden separar la corriente popular de hoy que busca el modo de acercarse con fines prácticos a los pueblos hispano-americanos, de la corriente desinteresada tradicional que llevaba a los norteamericanos a conocer en su fuente, o sea en España, la historia y la leyenda españolas. Estos dicen: puesto que son los países hispanoamericanos los que nos importan, vayamos a ellos directamente y desentendámonos de España. Con la América española—o como ellos dicen, latina—vamos a comerciar, con ella vamos a estrechar nuestras relaciones políticas, ¿qué nos importa España? España pertenece al pasado; a nosotros nos importan sólo el presente y el porvenir, que están en la América española. Ni siquiera debemos ir a España a estudiar su lengua; porque si aprendemos allí el castellano, cuando en él hablemos a los hispanoamericanos, no nos entenderán, y les ofenderemos, además, con una pronunciación extranjera que nos hará odiosos a sus ojos.

Todo esto, y otras cosas por el estilo, se ha dicho y se ha escrito repetidamente, y se ha defendido con tal vehemencia que sólo podríamos explicárnosla como nacida de un odio ciego a España. ¿Cómo entender sino que aquí se libren tales batallas en defensa de una cosa que no existe, como es la lengua hispanoamericana? Porque lo que se discute es si se debe enseñar el hispanoamericano o el español. Y mucha gente inocente a quien ha llegado el rumor de esas discusiones piensa que nosotros y los hispano-americanos no podemos entendernos y andan ansiosos buscando a toda costa un *Castilian* o un *Spanish-American* según el partido que consideren mejor. Como ordinariamente el que se toma es el primero y la lucha por la vida es aun aquí difícil, todos los días encontramos andaluces, catalanes, centroamericanos o filipinos que se

dicen naturales de Castilla, y en cambio hombres cultos de Hispano-América a quienes se niega la oportunidad de enseñar su lengua por creerles inferiores a cualquier castellano vulgar. Claro está, que las gentes que saben no piensan de este modo y no hacen distinción alguna entre los que hablan español a cuenta de su oriundez y sí solamente a cuenta de la calidad de las personas. Es cierto también que los hispano-americanistas a ultranza forman una escasísima minoría, y si yo he querido hablaros de ellos, ha sido solamente por su significación sintomática. Las mejores autoridades y las más han defendido siempre el castellano como tipo normal de pronunciación a que debe ajustarse la enseñanza. En muchos sitios se enseñan las dos supuestas pronunciaciones. Yo, que soy castellano, he sustentado siempre que no existe el problema; que precisamente lo que causa admiración es la uniformidad del español, si se compara con otras lenguas, a pesar de su enorme extensión geográfica y del relativo aislamiento en que viven los pueblos donde se habla; que las diferencias que existen en la manera de hablar el español son mucho menores entre España y América que dentro de España misma; que no hay un solo fenómeno lingüístico común a toda América y exclusivo de ella; que el *seseo* existe en media España y no produce ni dificultad para entenderse ni antipatía o prevención; que por encima de todas las diferencias locales de pronunciación y vocabulario, está el español culto que hablan y escriben las personas educadas de ambos mundos, cuyos mejores definidores han sido americanos como Bello o Cuervo, cuyo arquetipo está en los escritores clásicos y a cuya conservación y renovación contribuyen hoy por igual y con el mismo derecho y autoridad todos los grandes escritores originales de habla española sea la que quiera su nación de origen; y que esta lengua uniforme, fijada por la tradición y autorizada por el uso de todas las personas cultas, es la que deben aprender los norteamericanos, seguros de que sabiéndola, pronúncienla con *s* o con *c*, podrán pasearse sin dificultad por toda la extensión del mundo hispánico. Con ella como base, nada más fácil después que aprender, si necesario fuere las variedades locales que la lengua familiar ofrece en los diversos países hispanoamericanos y en las distintas regiones españolas.

Esto es lo que yo, como español digo y siento, y conforme a estas ideas he hecho todo lo que estaba en mi mano para elevar el estudio del español al plano superior que comprende, en rica e indestructible armonía, todas las modalidades del alma española. Yo no sé si todos los hispanoamericanos sentirán lo mismo; me basta con saber que así sienten los mejores puesto que así lo han expresado en bellas y clarividentes páginas; y estoy seguro de que todo hispanoamericano digno de serlo se sentirá insultado y no halagado por la preferencia extranjera basada en desamor a España, es decir, en desamor a lo más íntimo y universal de su mismo espíritu.

Por eso la mayoría de los norteamericanos no cae en este error grosero, y aun aquellos que solamente piensan en Hispano-América, entienden que la significación espiritual de España es un factor con el que tienen que contar al desarrollar cualquiera de los planes que se propongan llevar a cabo en la América española.

Para terminar esta enumeración de los escollos con que la corriente de sano hispanismo ha ido tropezando, sorteándolos felizmente gracias a la sabia y comprensiva dirección de los hombres que están al frente de este movimiento, habría que hablar del daño que al buen nombre de nuestra cultura hacen

los que por exceso de celo y entusiasmo o por afán interesado de propaganda, exaltan lo español bueno o malo hasta las nubes y provocan con el elogio desmedido la consiguiente exagerada reacción. Otro peligro está en la visión enpequeñecida y falsa que de España dan, a veces con la mejor intención, españoles sin preparación suficiente, que por el solo hecho de haber aprendido español con la leche de sus madres, ocupan puestos en la enseñanza, escriben artículos y libros y hablan de todo lo que a España concierne con la seguridad que da la ignorancia del que escucha. Afortunadamente, esa mala impresión es corregida gracias a la labor de un corto número de españoles cultos que por su inteligencia y seriedad han llegado a ocupar puestos de importancia en los mejores centros de enseñanza, en los que llevan sobre sí, con extremada discreción y dignidad, la difícil misión de representar a España intelectualmente en este país y prestar a la enseñanza del español la nota de intimidad que sólo nosotros le podemos dar.

He aquí expuesto a grandes rasgos-y creo que con la necesaria objetividad-todo el juego de fuerzas e intereses materiales y espirituales que han determinado este movimiento de aproximación a España y a los países de habla española por parte de los Estados Unidos, del cual habrán llegado seguramente noticias confusas a vosotros. Hubiera podido en este discurso haberos hablado de algún tema puramente ideológico; he preferido hablaros de estos hechos vivos, que han sido mi preocupación durante estos años y que ningún español que del porvenir de España y su civilización se preocupe debe desconocer.

Ante estos hechos, ¿cuál debe ser la reacción de España? Yo os diré brevmente mi sentir.

En mi opinión el mal de los males de España ha sido su aislamiento. Hace ya años escribí yo un discurso para la apertura del curso de la universidad de Oviedo, en el cual, con el rigor intelectual de la juventud y con toda la sinceridad de que era capaz, traté de definir el cáracter único de nuestra evidente decadencia. La idea del aislamiento, la que Cajal más tarde, con su autoridad incomparable, sustentó bajo el nombre de "segregación intelectual de Europa," la misma cuya conciencia se siente crecer y precisarse a través de todos los esfuerzos en pro del resurgimiento nacional desde los reformadores del siglo XVIII hasta los últimos propulsores del sano europeísmo español que ha culminado en nuestro siglo, es la que yo encontraba siempre en el fondo de mi interpretación metódica de la historia de España. Creyendo esto firmemente, he de pensar que todo lo que contribuya a relacionarnos con otros pueblos será fuente de bien y de vida, y que todos los males que esa relación nos pudiera traer no serían nunca tan malos como el mal del aislamiento. Y he aquí que ahora, rodando las cosas, sin buscarlo ni quererlo, se nos mete el mundo por las puertas y no tenemos más remedio que despertar a la vida internacional.

Todos los grandes pueblos expansivos—no sólo los Estados Unidos—tienen puestos sus ojos sobre el mundo que habla español. Vienen a traernos sus capitales, a vendernos sus productos, a enviarnos su inmigración, a imprimir sobre nosotros su cultura. Les impulsa su fuerza, su vitalidad, su interés. En el fondo de todo hecho histórico hay ciertamente una raíz econó-

mica; pero eso no quiere decir que todo en el mundo sea economía. Ya hemos visto como los norteamericanos al acercarse a nosotros han tenido en cuenta que somos los depositarios y creadores de una civilización. Y al primer contacto, sin esfuerzo alguno por nuestra parte, esta civilización se les ha metido por las puertas de su casa. Lograremos, pues, lo primero, que se nos conozca, que se nos juzgue, que se nos interprete. Cada hispano que de ahora en adelante se aplique a alguna actividad creadora o directiva se sentirá vigilado por la atención del mundo y desaparecerá el localismo, el ruralismo, la ligereza irresponsable de que rara vez se ven libres nuestros políticos, nuestros escritores y nuestros artistas. Colectivamente nos iremos componiendo también para sufrir con dignidad la mirada del extranjero; nos levantaremos de la siesta eterna sobre las viejas almohadas apolilladas y dejaremos a un lado las groseras disputas familiares.

Pero además les conoceremos a ellos. Cada actividad que desarrollen en nuestros países encerrará una enseñanza viva; cada éxito suyo será un acicate de nuestra voluntad. Nos asomaremos a sus países; aprenderemos sus lenguas; estudiaremos sus métodos y sus técnicas; y cuanto más recibamos de ellos y más a fondo les conozcamos, mejor nos conoceremos a nosotros mismos y más pura y definida será nuestra personalidad. Desechemos temores ridículos; los verdaderos males no son los que vienen de fuera sino los que llevamos dentro. Nadie nos hará más mal que el que nosotros nos dejemos hacer. Los países hispano-americanos que más se han abierto a la influencia extranjera, como la Argentina o Chile, son los que más ahincadamente han afirmado su carácter nacional, y a pesar de su relativa pequeñez, han logrado asegurar su independencia y el respeto del mundo. Los colegios y escuelas de los Estados Unidos están llenos de jóvenes hispanoamericanos, que cuando vuelvan a sus países, llevarán consigo, aparte de lo que hayan podido aprender, la fuerza nueva de un patriotismo depurado y consciente. Ya se siente en España también la renovación producida por nuestro creciente contacto con el extranjero.

No interpretéis esto que os digo como un deseo de ver sustituída nuestra manera de ser por la de otro pueblo cualquiera que pudiera parecerme superior. Esta actitud extranjerizante me es tan odiosa por lo menos como el cerril casticismo impermeable. Si yo fuera un simio de esta clase, hubiera consagrado este discurso a describiros la universidad norteamericana, para que la tomaseis como modelo ahora que vais a reorganizar las nuestras. Debéis suponer que ésa sería para mí tarea fácil, puesto que debo conocer bien el funcionamiento y carácter de estas universidades, y no puede haber dejado de preocuparme la reforma que se prepara en las españolas. Y sin embargo, he huído de ese camino; porque sé bien que no es el sistema imperante lo que ha creado y dado vida a estas universidades, sino que son ellas, los hombres e ideales que las forman y la sociedad que las rodea, los que han creado y dado vida al sistema. Transplantado éste a nuestro suelo resultaría una forma vacía e ineficaz al no encontrar allí ninguna de las fuezas que aquí lo vivifican y sustentan y por no coincidir con nuestras necesidades y nuestro temperamento. Si nuestras universidades, como las mejores norteamericanas, hubieran de ser sostenidas por la donación privada, ¿qué podríamos esperar de nuestros ricos usureros coleccionadores de dehesas, explotadores de renteros, detentadores de la tierra, criadores de conejos y de reses bravas,

enriquecidos con los despojos de la aristocracia y el sudor de la pobre clase labradora acogotada y envilecida? Desde que la universidad es autónoma, ¿qué apoyo económico ha encontrado en los salmantinos que no tienen otra cosa que ofrecerla más que su dinero? El capitalista norteamericano, a pesar de que ha ganado su dinero gracias a su inteligencia y a su esfuerzo y aumentando la riqueza pública, siente que tiene una deuda con la sociedad y devuelve gran parte de lo que ha ganado consagrándolo a obras de beneficiencia y de cultura; el rico español, el del *pacto de retro* y el veinte por ciento, el comprador de papel del Estado, que se ha enriquecido sin crear riqueza alguna, no siente ningún deber social y cívico y deja que las universidades vivan de la munificencia del Estado, administrado por sus abogados y representantes. Las universidades norteamericanas se esfuerzan por mantener y elevar el nivel de su enseñanza porque los estudiantes no irían a ellas si no estuvieran seguros de lograr allí la competencia que después la soceidad ha de exigirles cuando traten de ejercer su profesión, y por eso vemos que en una misma ciudad la universidad donde las matrículas son más caras es la que tiene más estudiantes, no vacilando éstos en pagar más por la calidad de la enseñanza y el prestigio de los títulos. Yo no quiero ahondar en nuestras llagas; pero es evidente que ni el estudiante que asiste a nuestras aulas, ni su padre, ni la sociedad donde va a ejercer su función profesional están animados del mismo espíritu. ¿Qué pasaría si nuestras universidades, como las norteamericanas, estuvieran regidas por el poder autocrático y omnímodo de unos cuantos patronos o consejeros, que ordinariamente no son universitarios sino hombres de negocios, los cuales nombran libremente y sin oposición a los profesores y arreglan todos los planes de enseñanza consultando al profesorado solamente cuando les viene en gana? Es evidente que todo este sistema que aquí da buenos resultados, porque ha sido producto de larga experiencia, porque ha salido de la entraña misma de la vida y el carácter del país, daría en España resultados desastrosos. Cada país vivo y fuerte ha desarrollado sus universidades con arreglo a su carácter propio y así se ha llegado a los tipos tan diversos de la universidad inglesa, francesa o alemana. Será inútil que nosotros tratemos de copiarlas; no hay más camino que inventar la nuestra, hacerla día tras día con nuestras cabezas y con nuestras manos, conforme al carácter y a los ideales de nuestro pueblo.

Para ello—repito lo que dije en Oviedo—no hay más que un camino: trabajar y esperar, tener actividad y tener fe. No echar la culpa a nadie ni a nada para justificar nuestra inercia o nuestra ineptitud; no culpar, por lo que nosotros dejemos de hacer, ni al gobierno ni al sistema ni al sueldo ni al material ni al estudiante ni al profesor ni al local. Cada hombre en cada momento, sean cualesquiera las circunstancias, tiene ante sí una posibilidad. La han tenido y la han realizado todos los grandes españoles que, con fe y actividad, han creado nuestra cultura de hoy, y están ahí mostrándonos el único camino de redención al mismo tiempo que nos justifican ante el mundo. Nada puede detener nuestra actividad ni hay motivo ninguno para que dejemos de tener fe en los destinos de nuestra raza. Nunca menos que ahora.

Vosotros sabéis que yo no soy de los que quieren engañarse con vanos optimismos: ni soy de los que tratan de cerrar los ojos a la visión de nuestro fracaso y nuestra decadencia, ni de los que encuentran remedio fácil en cual-

quier fórmula o receta; pero creo en mi fe precisamente porque ésta surge pura e inconmovible después de haber ahondado en el abismo de nuestros malos y de haber rechazado por inútiles todas las formulas de regeneración. Creo en la esencia íntima e inmortal de España. Nuestros fracasos, nuestros aciertos y nuestros virtudes. Cuando un español, como mi entrañable y admirado amigo Eugenio de Ors, dice en la universidad de Salamanca aquello de: Yo soy catalán, frente al francés y al castellano, ha dicho algo tan fina y apasionadamente absurdo como sólo podía decirlo en español. Cuando un hispanoamericano nos habla, como en reto, de su abolengo indio nos está diciendo a voces que no es más que español. Cuando argentinos o chilenos extreman sus gestos nacionalistas es cuando más españoles son. Toda idea antigua o moderna—catolicismo o liberalismo, tradicionalismo o bolcheviquismo—toma en nuestros labios siempre un timbre español. Es posible que tuviéramos que dudar de la consistencia de todas las formas que ha tomado nuestra vida actual, de la realidad de cuanto somos o pretendemos ser; solo resistiría a nuestra duda y nuestra crítica lo español de nosotros mismos, única realidad que quedaría en pie. Podrán desaparecer, cambiar, transformarse todas esas formas, ideas, instituciones y quedará siempre vivo el espíritu español.

Si alguien fuera tan impertinente que me atajase preguntándome qué es lo español, aumentaría su confusión al contestarle que es la manera de ser de los españoles, que nadie sabe en qué consiste y menos que nadie los españoles mismos, pero que evidentemente es distinta de todas las demás maneras de ser humanas y se manifiesta como tal en todo lo que los hombres de raza española hacen desde lo más alto hasta lo más abyecto. En una palabra, que yo creo en la originalidad profunda de la raza española y por eso no temo ninguna influencia extranjera.

Podrán otros pueblos tener una civilización más alta y más rica; pero ninguno, entre todos los modernos, ofrece una civilización más larga, continua y armónica, a pesar de las constantes conturbaciones interiores y de la enorme extensión territorial. A través de las lenguas y razas más diversas, en la península ibérica y fuera de ella, la originalidad española ha salido siempre una y triunfante. Acabamos de pasar, es verdad, una de las crisis más graves de nuestra historia, la que durante tres siglos nos ha mantenido al margen de la civilización por haber algo en el fondo de nuestra naturaleza que nos hacía incompatibles con la dirección que la imprimieron en la llamada Edad Moderna las razas germánicas o germanizadas del centro de Europa. No nos ha quedado más modo de afirmarnos que el aislamiento y la reacción. Pero ahora esa civilización se cae hecha pedazos y sobre sus ruinas va a levantarse un mundo nuevo. Los hombres buscan una idea más amplia y generosa de la humanidad. En ella cabremos nosotros si ayudamos a crearla. Esta es la hora de todos. Entretanto esperemos tranquilos la corriente del mundo que va a caer impetuosa sobre nosotros. ¡Españoles de España, hermanos de América, la ola ya está aquí; estemos unidos, bien cogidos de la mano, para que no se pierda ni el más pequeño de nuestros pueblos, y que cuando la ola llegue nos levante y no nos ahogue!

FEDERICO DE ONÍS
Catedrático de la Universidad de Salamanca.

COLUMBIA UNIVERSITY
NEW YORK